

CEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

SUSCRIPCIÓN: Trimestre: España, 1 peseta; Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

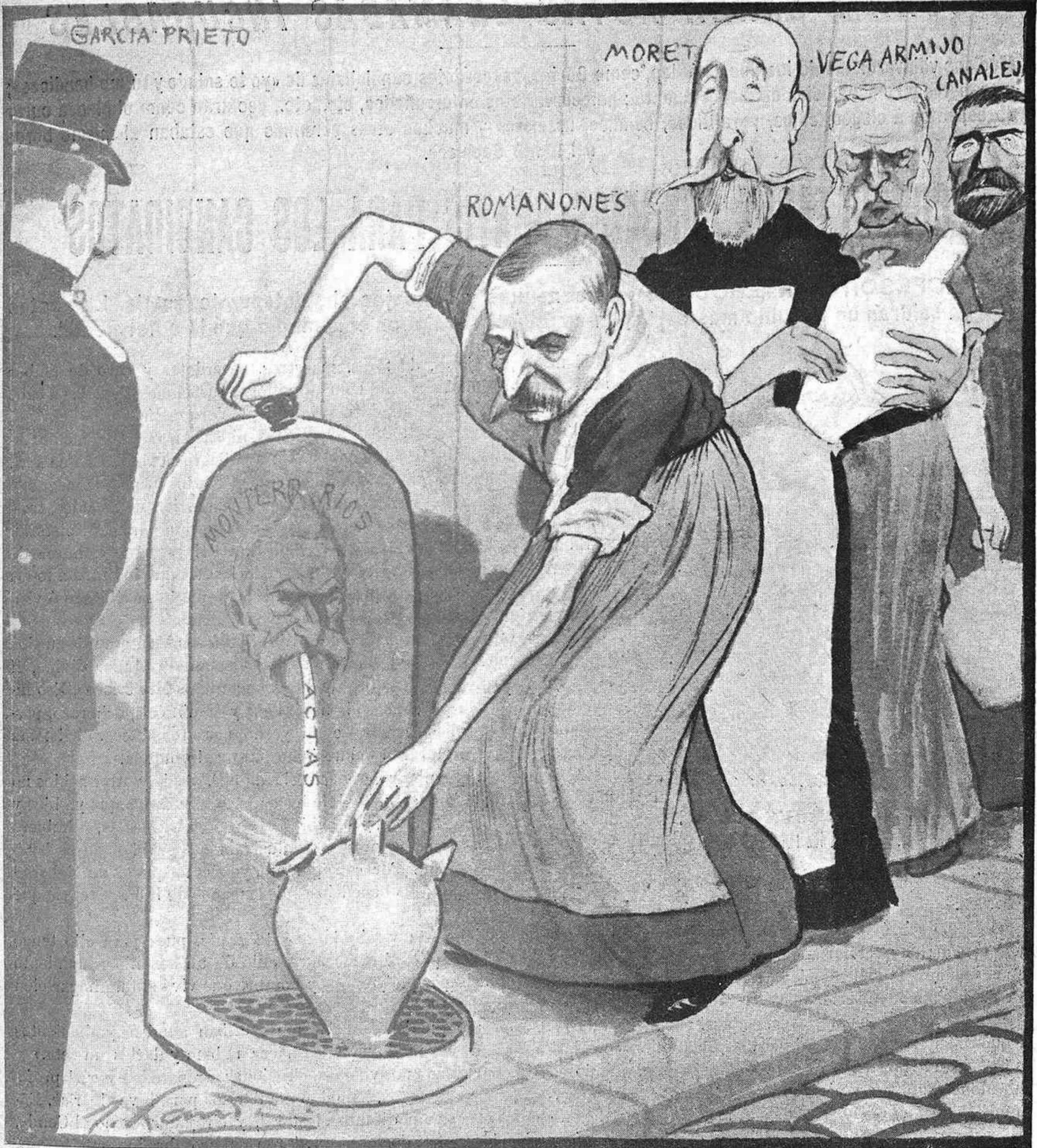
NUMERO SUELTO 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, DOMINGO 6 DE AGOSTO DE 1905

NUM. 506



LA TURBIA ELECTORAL

¿QUIEN DA LA VEZ?

¿DE DÓNDE PROCEDE ESE MARAVILLOSO ELECTIVO?

El mundo está asombrado ante las sorprendentes elecciones que llevará á cabo el profesor Monteroun.

CURA Y SANEA ACTAS LLAMADAS INCURABLES

Médicos villaverdistas de los que no fallan, como Cortezo; sacerdotes canalejistas de «yo te saludo y tú me bendices»; moretistas y romanonistas de menor cuantía; puigcerveristas enfurruñados, etc., etc., declaran cómo él piensa curar de espantos á ciegos, cojos, paralíticos, lisiados, urzaistas y muchas otras personas que estaban al mismo borde del Santo Sepulcro.

CONSULTAS Y CONSEJOS GRATIS PARA LOS CANDIDATOS

EL PROFESOR MONTEROUN ofrece consultas y consejos absolutamente gratis. Las actas ya saldrán un poquillo más caras, y en algunas será peor el remedio que la enfermedad.



SR. E. MONTEROUN P. C. M.

cuyo Tratado de París echó una luz tan viva sobre la Yernopatía

dar á todos aquellos que sufren deseos violentos de representar al país, los beneficios desengaños de la Presidencia que practico.

»Deseo decir á todos ellos que pueden escribirme confidencialmente y absolutamente gratis, pues para ello tengo una concurrida Secretaría, diagnosticaré sus respectivos casos y les explicaré cómo por medio de un sencillo tratamiento en el hogar de la calle de Velázquez y en los demás hogares que uso (porque yo no soy hombre que viva sin un hogar bien encendido), pueden ser democráticamente diputados.

»No me importa cuán graves, serios ó sucios parezcan sus casos: lo que deseo es que me escriban sumisos y obedientes y que se sujeten á lo que mi yerno García quiera mandarles, para de ese modo poderles hacer un bien y darles un acta.»

Tan grande ha sido el asombro causado en el mundo político por estas maravillosas elecciones preparadas por el profesor Monteroun, que varios doctores, Romanones, Puigcerver, Canalejas y otros, han sido nombrados para investigarlas. Entre estos doctores los hay famosos médicos á quienes no se les escapa un difunto electoral, y cirujanos, como el Conde, capaces de cortar por lo sano. Después de una penosa investigación, estos doctores quedaron tan asombrados ante la gran influencia y grandiosos poderes del Dr. Monteroun y la maravillosa eficacia de la Yernopatía, que voluntariamente rompieron toda clase de compromisos y abandonaron todos los métodos y encasillados con que soñaran, para dedicarse exclusivamente á asistir al Dr. Monteroun en su grandiosa y noble labor en bien de la humanidad parlamentaria. Y así estamos.

Todas las cartas deben dirigirse al Dr. Monteroun, San Sebastián y Madrid.

Hombres, mujeres, doctores, maestros, sacerdotes y coro de ambos sexos están asombrados ante las maravillosas curaciones llevadas á cabo por el profesor Monteroun, descubridor de la Yernopatía.

El no emplea drogas en sus elecciones ni saca actas por medio de ciencias ocultas, ni Hipnotismo, ni Cura Milagrosa, sino por una sutil fuerza física de Lourizán, en combinación con ciertos remedios magneto-vitales, como suspensión de Ayuntamientos, desecación de alcaldes, traslados de funcionarios y otros elementos de vida y salud para el Ministerio.

En una reciente conversación en la estufa del Hotel de Londres de San Sebastián, se le pidió al profesor Monteroun que invitara á todos aquellos que sufrieran de aspiraciones al acta, á que le escribiesen ó visitasen para que él se las diera.

«Algunas personas han declarado—dijo el profesor Monteroun—que los poderes que poseo son sobrenaturales: me llaman el Curador divino, sí que también gallego, el Hombre de los Concordatos Misteriosos. Eso no es así. Yo curo porque conozco la naturaleza y domino el pucherazo, porque empleo las sutiles fuerzas de mi yerno para restablecer el sistema parlamentario y restaurar el monterismo puro y sin mezcla.

»Pero al mismo tiempo yo creo que el sabio D. Segis y otros sabios no me hubieran dado la oportunidad de hacer las atrocidades que ya hice y las que pienso hacer todavía, y la habilidad para desarrollarlas, si hubiera entendido que yo pensaba usarlos exclusivamente en bien de la familia y de la domesticidad. Por consiguiente, yo siento que es mi deber el dar á todos aquellos que sufren deseos violentos de representar al país, los beneficios desengaños de la Presidencia que practico.

JUEVES DE GEDEÓN



CARTAS DE GEDEON

San Sebastián, 5 Agosto.

Mi querido Calínez: Voy á comunicarte una agradabilísima noticia, la cual seguramente te llenará de regocijo. Es cosa ya decidida que de los dos ministros que acompañen al Rey en su próxima expedición á Alemania, uno de ellos sea el general Weyler, ¡nuestro antiquísimo amigo D. Valeriano! Acaba de decírmelo el sobrino de Tácito en la terraza del Hotel de Londres, é inmediatamente he cogido la pluma para transmitirte nueva tan feliz, y que provocará de seguro una explosión de júbilo entre los sastres españoles. ¡D. Valeriano en Berlín, ó lo que es lo mismo, España en Berlina! Yo me imagino á nuestro atlético y deslumbrante César desgarrado, de gran uniforme y con el pecho cubierto de todas las manchas honoríficas de Europa, entre los almidonados, acorsetados y planchados oficiales alemanes, pulcros como damas, relucientes como los chorros del oro, y me da un ataque de risa que hasta me va á hacer que pierda el correo y no llegue á tus manos esta carta. ¡D. Valeriano en Berlín, el general de la guerrera de nacimiento alternando con los gomosísimos ayudantes del Kaiser, vestidos con uniformes recién salidos de la sastrería, sin una arruga, sin una mácula... ¡Oh delicioso contraste! ¡oh triunfo nacional! ¡oh exhibición gloriosa de la ropa interior que no se mudó Isabel la Católica durante el largo asedio de Granada! ¡Oh leyenda con faldones, y si no del color del oro, de otro color parecido, que resucitas súbitamente en pleno escenario mundial para satisfacción de nuestros pechos y asombro de los extraños!

Solamente una aprensión turba mi alegría: la de que el general Weyler se crea obligado á reformar alguna prenda de las que usa actualmente, antes de emprender el camino de Alemania. ¡No, por Dios, D. Valeriano! ¡Nada de reformas! ¡Con azúcar están peor! Llévelas como las desgasta ahora: con las mismas rozaduras y los mismos hilachos que tanta y tan legítima fama le han conquistado. Ni siquiera apele usted á la bencina, mi general; ni siquiera á la bencina, porque si la emplea usted debidamente no se va á poder respirar en Alemania. Yo se lo suplico, y á ti también, Calínez, que te unas á mis ruegos; yo se lo suplico, D. Valeriano; lárguese usted á Berlín como le coja el viaje, y dará golpe. Vete, vete enseguida, amigo y compañero Calínez, á disuadir á Weyler del propósito de reformar su indumentaria. Puede que hasta haya pensado hacerse para la expedición un traje de *caki*. Corre, ¡que no se haga

nada de *caki*! Ya lo tiene todo hecho. Es imposible presentarse mejor. Disuádele, convéncele, conservemos á D. Valeriano en sus propios despojos para que nos envidien los alemanes.

Y si la suerte quisiera que el otro ministro acompañante del Rey fuera el propio presidente del Consejo de yernos, ¡qué gloria para España! El uno todo agujeros, el otro todo tapujos; D. Valeriano enseñando discretamente las carnes heroicas, D. Eugenio envuelto en gabanes y tapado en bufandas hasta las narices de destilar el maná de los hijos políticos: ¡qué brillantísima representación de nuestra felice patria! ¡Los rotos de Weyler, los felpudos de Montero Ríos, y Luis Taboada de cronista de la expedición...! Pero D. Eugenio, desgraciadamente, no podrá abandonar el territorio nacional por aquella fecha; la inmediata apertura de las Cortes le retendrá en Madrid preparando el horno, su ocupación predilecta. ¡Y qué horno se prepara! Hay que oír á los candidatos, que aquí hacen con ventaja competencia á las pulgas, para enterarse de lo calentitas que van á resultar las próximas Cortes. ¿Te acuerdas de aquella mayoría conservadora que se tragaba cada dos meses un Ministerio? Pues la que va á venir se los va á tragar cada quince días. Al año escaso de situación liberal, ya no podrá formar Gobierno ni el sobrino de Mellado. ¡Cómo nos vamos á divertir, Calínez! ¡Qué grascas más formidables se avecinan! Hasta Vega de Armijo, que acaba de llegar, trae un nuevo repertorio de frases terminadas en ajo! ¡Gracias á Dios que resucita España!

Lo malo es que resucita de un modo molesto, porque aquí, en San Sebastián, pides el desayuno y te encuentras en el chocolate un candidato. Crees haber cogido una pulga, y retuerces á un amigo que se presenta por Valdeporras; te metes en la caseta de baño, y apenas te quedas en paños menores, surge una voz que te pide el voto. ¡Caramba! ¡No se puede vivir entre tanto aspirante á padre de la patria!

Y yo, torpe de mí, imaginé que todos esos señores estarían recorriendo sus respectivos distritos, enterándose de las aspiraciones y necesidades de éstos, conquistando con sus programas y sus ideas el sufragio de los electores, pero me llevé chasco. Vienen en colmenas á San Sebastián, después de haber oído en Madrid las tres voces de García Prieto (porque has de saber, ¡oh Calínez! que el yerno de Gobernación empieza á hablar en tiple, se abaritona á la mitad y concluye en bajo profundísimo); vienen, repito, á San Sebastián en colmenas de zánganos y se abaten en la terraza del Hotel de Londres, sobre la bufanda ó la escupidera ó los cánones de papá Eugenio. A los distritos, que los visite Rita; el caso es que Montero Ríos le nombre á uno yerno ministerial por Jaca ó por Mula.

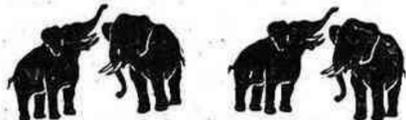
¡Mira tú qué progreso en nuestras sanas costumbres electorales! Ya no hay necesidad de molestar á los electores. Con las tres voces de García Prieto y un estornudo de Montero Ríos, cádate representante en Cortes de cualquier distrito rural; y si caes en la escupidera, te calzas la circunscripción. Pero no creas

que esto reza únicamente con los candidatos ministeriales. Tú habrás oído hablar del comité electoral de los cuatro Condes que se dejó ahí Maura para que se entretenga durante el verano Dato, y del que constituyeron los Besadas y los Cobianes con el fin de *descondar* á los mauristas; pues ¡riete de los trabajos que sobre el cuerpo electoral hagan ambos comités! Aquí no hace nada nadie del cuerpo electoral más que Montero Ríos, y lo que él hace no hay quien lo mueva. Triunfarán los mauristas que él quiere, los villaverdistas que le plazcan y aun los republicanos y carlistas que le dé la gana; de modo que las elecciones van á ser un modelo de sinceridad, porque ni siquiera los candidatos han de tomarse la molestia de engañar con promesas y requilorios á los distritos. Papá Eugenio los mete á todos en un puñero, tose, expectora... y salen.

Oigo en este momento un estrépito terrible. ¿Qué ocurrirá, Dios mío? Terribles interjecciones cruzan la atmósfera donostiarra. ¡Vega de Armijo conferencia con el Presidente! ¡Qué tempestad de ajos y moños!

Por fortuna, Montero Ríos es un político de mucha flema. ¡Las que él arranca al cabo del día! Todo parará en otra embajada al marqués de Ayerbe.

Te abraza—Gedeón.



Consejos de verano

EL GRAN D. JOSÉ, bajándose tímidamente el cuello del gabán.—¡Caramba, señores, parece que se siente cierto fresquecillo alarmante! Esto no es propio de mes de Julio, y yo, desde ahora, creo que debemos acordar un cambio en la temperatura, porque el calor—como ya he dicho en varios libros científicos y en diferentes dramas—es la vida. Sin calor, ¿qué seríamos? Pobres átomos abandonados á nuestro natural friolero. Calor y frío son como la luz y la obscuridad, como la cumbre eminente y la llanura desierta. El calor es la cumbre del termómetro; el frío, el páramo seco y desolado. Dadme un grado de calor y os daré... (Sánchez Román comienza á resoplar, y al hacerlo produce unos silbidos y regurgitaciones tales, que á D. José le parece que está estrenando.) Pero ¿qué es esa orquesta de Belcebú?

GARCÍA PRIETO, tirando á Sánchez Román un pellizco con las dos manos en una carnosidad de las más propicias para ello.—¡Vamos, hombre, qué maneras son esas! Que está hablando D. José. No vaya usted á creerse que esto es una reunión diplomática.

SÁNCHEZ ROMÁN, fingiendo que se hallaba en éxtasis.—Sí..., sí..., eso de *s'il vous plait* es lo único que se me atraganta; pero ya sé decir muy bien *a votre service* y *good bye*.

GONZÁLEZ DE LA PEÑA, para su toga.—La verdad es que este Echegaray es hombre muy ilustrado. No obstante, considerando que Martínez del Campo es presidente del Supremo y considerando que es yerno del Presidente, que nos sacó á todos de la nada, y resultando que yo le he oído muchas veces hablar de fideicomisos y de codicilos, fallo que debo condenar y condeno en costas á Echegaray, y debo declarar y declaro que es una lástima que no se parezca á Martínez del Campo, ni entienda jota de lo contencioso-

administrativo. Porque entiendo yo que lo contencioso-administrativo es una de las mayores bellezas de la creación y... (Sigue su monólogo entre dientes, hurgándose el interior de las fosas nasales, según costumbre muy arraigada y ya casi sacramental entre los magistrados de territorial y del Supremo.)

VILLANUEVA, colocándose en una posturita jacarandosa de las que tan mal resultado le dan con las damas.—Pues yo, con permiso de D. José, creo que en realidad de verdad no puede calificarse de fresquecito el viento de hoy... Y en esto no admito que nadie discuta con un viejo lobo de mar como yo. Y conste que lo de viejo es una figura retórica de la que no deben ustedes hacer uso, porque ya sé que hay aquí algunos espíritus malévolos (mirando de reojo á Romanones) que intentan burlarse de mi gallardía natural y desacreditarme con las damas. Por lo demás, yo no he de hacer subir la temperatura, ni siquiera he de pedir actas para ningún amigo mío, como hacen otros (segunda mirada al mismo punto).

ROMANONES, poniendo una cara que es una reticencia y guiñando nerviosamente el ojo derecho.—Sí, ¿eh? Pues conste que no tolero alusiones. Si yo he recomendado á muchos amigos es porque los tengo, mientras que otros, para encontrar un amigo tienen que mirarse al espejo. Y en cuanto al chaleco de fantasía con que ha querido *epatarnos* esta tarde nuestro querido y digno compañero el ministro de Marina (Villanueva saluda bizcando horriblemente), no tengo palabras bastantemente enérgicas para decir á su señoría que es un cursi abatido.

WEYLER, asombrado.—¡Carape! Pues yo encuentro que el chaleco de Villanueva...

GARCÍA PRIETO, interviniendo en un tono medio paternal, medio filial.—Cuidado, general, que por ese camino va usted á cometer una falta de... estrategia.

WEYLER, un poco amoscado.—No, Prieto, no; si precisamente yo, de ropa es de lo que más entiendo. Verán ustedes: ayer exhumé una levita con trencilla, de las que tanto gustaban el año 80 (por cierto que se me quedó casi nueva entonces, como suele ocurrirme muchas veces), y consultado el caso con Retana, que es un elegante de los más acreditados, me dijo que ahora vuelven á usarse levitas con trencilla. ¡Si no hay como mi sistema! Guarde usted la ropa, y...

GARCÍA PRIETO.—Precisamente, no hago otra cosa desde que empezó este batiburrillo de los candidatos; guardo la ropa y...

ROMANONES, concluyendo la frase.—Nada.

GARCÍA PRIETO.—¿Cómo?

ROMANONES.—Nada... nada.

VILLANUEVA, que está á la que salta.—¡Mucho cuidado! No se hable de nadar ni de otras cosas marítimas, porque yo, viejo lobo de mar..

ROMANONES.—¡Adiós, Neptuno!

VILLANUEVA, furioso.—¿Cómo ha dicho ese?

ROMANONES.—El dios de las aguas.

VILLANUEVA.—¡Ah, bueno! Es que no habla oído bien.

ECHEGARAY.—Vaya, señores, me parece que lo que estamos haciendo aquí viene á tener una utilidad semejante á la de las funciones abelianas.

SÁNCHEZ ROMÁN, aprovechando la primera ocasión para colocar todo su inglés de golpe.—Yes, very well. All right.



EL INFATIGABLE ENTROMETIDO

GEBEÓN (leyendo).—«EL KAISER HA IDO A VISITAR AL ZAR EN BJOERKO. EL KAISER HA IDO A VER AL REY CRISTIAN EN COPENHAGUE. EL KAISER VA A VER AL EMPERADOR FRANCISCO JOSÉ EN...» (VOLVIENDO EN SIGO). MIRA, CÓNGRIEZ. SI VIENE EL KAISER A PREGUNTAR POR MÍ, DILE QUE NO ESTOY EN CASA.

GONZÁLEZ DE LA PEÑA, *asustado*.—¿Qué dice este tío? No, pues si comenzamos aquí á hablar lenguas muertas, yo no me quedo atrás. (*Acordándose del Digesto y de la Instituta.*) *Quod ab initio nullum est, tractu sive successu temporis convalescere non potest. Jus ac potestas in capite libero ad tuendum eum qui propter ætatem se deffendere nequit...*

GARCÍA PRIETO, *tapando la boca á González, que es lo que ha hecho toda su vida el padre común de García, de Martínez del Campo y de todos los demás*.—Pero, hombre, ¿se quiere usted callar? ¿No le tiene á usted dicho y repetido papá político que á usted le hemos traído aquí para callar y obedecer lo que le diga mi cuñado Martínez del Campo?

GONZÁLEZ DE LA PEÑA, *todo turbado*.—Usted dispense. Creí que un latín jurídico y colocado á tiempo no descompondría el cuadro. Y luego, como estos señores no entienden... (*señalando al corro*).

ECHEGARAY, *volviendo á subirse el cuello*.—Señores, observo con disgusto que vuelve á arreciar el frío, y, como ya dije antes, el frío es incompatible con la vida. Además, creo que ya se ha hecho suficiente luz sobre todos los asuntos que aquí habíamos de tratar, y como la luz era lo que íbamos buscando, porque luz y sombra son dos cosas que se complementan: la luz, lo radiante, lo luminoso, la fúlgido; y la sombra,

lo tenebroso, lo obscuro, el misterio... En resumen, creo que podemos separarnos tranquilamente á ir en busca del brasero, para que la vida, el calor afluya de nuevo á nuestras venas. Y si tienen ustedes tiempo para dar un empujoncillo á los presupuestos, realizarán algo eminente, algo provechoso, algo... En fin, yo me voy al rescoldo, á remover las brasas. Ya dije en un drama muy aplaudido aquello

*De mi padre en el castillo
también un rescoldo había,
pero no se parecía
á este rescoldo sencillo.*

Todos, *entusiasmados*.—¡Bravo, bravo! ¡Qué hombre tan admirable! ¡Lo mismo resuelve una ecuación, que hace un drama, que aguanta un homenaje, que preside un Consejo! ¡Qué razón tienen María y Fernando! (*Vanse todos aplaudiendo á rabiar.*)

GARCÍA PRIETO, *filosófico, volviéndose hacia Romanones*.—Conque quedábamos en que por Cabezada del Arcipreste luchan Pezuñardo y Lupitínez...

ROMANONES, *con gran vivacidad*.—No, hombre, esos van por Baticola del Arcediano; por Cabezada concurren Marcupio y Forciates.

GARCÍA PRIETO.—Pues vamos á tener un disgusto por Cabezada y otro por Baticola; pero ¡qué feliz estamos haciendo á la nación!... (*Vase.*)



CANCIONERO GEDEÓNICO

Pese á los mustios abriles
que nos lleva de ventaja,
hoy Echegaray trabaja
como en tiempos juveniles.

Con su entusiasmo por guía
se recluye en su despacho
y estudia de noche y día
con el ardor de un muchacho.

Y allí, olvidando los temas
que á su inspiración convienen,
con otros graves problemas
sus amores se entretienen.

Pena me causa en verdad
—lo declaro convencido,—
ver á un hombre de su edad
en tales cosas metido...

Y como sus aficiones
constantemente le llevan
á buscar las situaciones
que interesen y conmuevan,
ya es cosa de prepararse,
pues con su musa atrevida
nuestra Hacienda va á quedarse
por completo conmovida.



Trabaja el señor alcalde,
como ustedes ya sabrán,
por que terminen los pobres
de esta «cult» capital.

El problema está resuelto
—digo, me parece á mí—
dando á todos una renta
para que puedan vivir.

Sin duda el señor Vincenti
piensa otra cosa mejor...
Ya para el caso ha fundado
la clásica Asociación

Comerciantes y tenderos,
con cariñoso interés,
reciben para los pobres
lo que quiera dar usted.

Ya no se pide en las calles,
porque esto «suen» muy mal...
Ahora se pide en las tiendas;
¡pistonuda novedad!

Cierto que está bien pensado;
mas yo digo, con perdón:
Para pedir, ¿no es lo mismo
la mano que el mostrador?



¡En toda mi vida he visto
«periodo» tan insensato!
¡Caballeros!... ¡Todo Cristo
se presenta candidato!

Por todas partes se escucha
la monserga consabida...
¡va á ser la próxima lucha
terriblemente reñida!

Ya se ha perdido la cuenta
de tantos «padres» futuros...
¡Hasta hay distrito que ostenta
catorce, todos seguros!

Y de este *sport* tan ameno
—si bien un poco cargante—
víctimas hay en el seno
del partido gobernante.

Para demostrar sus bríos
los jefes, siempre en funciones,
hacen á Montero Ríos
cuatrocientas peticiones;

y éste, ansioso de servir,
se limita á contestar:
«Contra el vicio de pedir
hay la virtud de no dar.»

¿Qué pasará? En mi opinión,
y á juzgar por las señales,
se hará más fuerte la unión
de todos los liberales.

Quiere decirse que, unidos,
con la fe que se propala,
todos serán elegidos...
¡para ir ahuecando el ala!



Echegaray termina
los presupuestos,
que en las Cortes futuras
discutiremos.

Obra muy seria,
digna de los aplausos
de España entera.

Mas á pesar del bombo
que aquí le atizo,
algo me desencanta
lo que he sabido.

Ciertas noticias
bajan los entusiasmos
en cuatro días.

«En estos presupuestos
—dice la Prensa—
no habrá grandes reformas
ni cosas nuevas...»

Pues ¿qué habrá entonces?
¡Adiós, y para siempre,
las ilusiones!

Lo que es para este viaje,
vate subline,
no se precisa alforjas,
¡ya lo predije!...

¡Viva mi nene!
¡Siempre ha de ser el ruido
más que las nueces!



EN SAN SEBASTIAN

D. EUGENIO.—¿QUÉ, PODREMOS PASEAR ESTA TARDE SIN MIEDO Á UN RESFRIADO?
EL PADRE BORRASCAS, VULGO EL VICARIO DE ZARAUZ.—¡QUIÁ; NO, SEÑOR! ¡MENUDA TORMENTA VIENE DE AHI, DEL LADO DE MADRID! ¡Y QUE ÉSTA DESCARGARÁ PRINCIPALMENTE SOBRE USTED!
D. EUGENIO.—NO LO CREA USTED. ESA NUBE TRUENA, PERO NO MOIA.

Gedeón muy moreno

Gedeón declara apenadísimo que es, hoy por hoy, el hombre más triste de esta deleznable vida. ¿Más triste que nuestro consecuente Vadillo?—interrogarán algunos.—¡Sí, señores, mucho más!—responde Gedeón llevándose el pañuelo á los ojos.—¿Y por qué? ¿Es acaso—como escriben algunos traductores—que ha caído en desgracia del supremo Montero y se queda sin acta?—No; algo mucho peor, irremediable. ¡Que se cerró Apolo, que ya no puede ver á Carreras, su único recreo, su incomparable cómico, el que le procuraba dulce esparcimiento en estas desesperantes noches estivales!

¿Cómo va á vivir estos quince angustiosos días, señalados en el olimpo teatral para la clausura de Apolo, sin Carreras? ¿Cómo podrá conciliar el sueño?

Gedeón se declara acongojado, abatido y dispuesto á ponerse gasa en el jipi durante esta breve pero desconsoladora ausencia de Carreras.

¿Dónde encontrar su gracia fina, ingénuo, sus maneras reposadas, su correcta dicción en el verso!

No tendrá más remedio que ir á la Zarzuela para admirar los encantos de la Srta. Caba, hecha tiple por un benévolo *fiat lux* de su empresario y creador, ó encaminar sus pasos hacia los Jardines, donde se le ofrecen numerosos recreos: cinematógrafo, un órgano, cosa que no tiene Maura todavía; cohetes, música en un tablado, más propio para sevillanas y molinetes que para conciertos, y hasta patos en el estanque.

Porque de las anunciadas fiestas acuáticas, de las naumaquias de peseta, Gedeón no tiene la menor noticia, como no incluyan en las fiestas acuáticas las noches que ha llovido.

¿Dónde encaminará sus pasos Gedeón?

¡Ah, sí! al Nuevo Teatro, especie de lavadero cómico lírico, con varias coladas, inaugurado recientemente en pleno bulevar. ¡Oh formidable injusticia de los hombres! Inaugurarse un teatro en aquella moderna vía y no llevar el nombre de Aguilera, es olvido muy lamentable que pide pronta reparación. Sólo por eso no puede serle simpático el Nuevo Teatro á Gedeón.

¡Y cómo sufrió el pobre la otra noche en el kilométrico cómico lírico que allí representan *Viaje de verano!*, *Nido galante*, de nuestros ya fósiles amigos Criado y Cocat; *La huertanica*, melodrama fúnebre, aunque comprimido, como las pastillas de clorato, y *El país de los golfos*.

Presenciar estas cuatro obras pacientemente, dan derecho á la laureada de San Fernando, sin tener que promover el menor expediente.

¡Y hay quien duda de la solidez del nuevo edificio!

Sin embargo, falta una prueba decisiva que yo, arquitecto, hubiera pedido: la colocación de todos los ripios de Jackson Capuz sobre la galería destinada á entrada general.

¡Ah, esa prueba hubiera desvanecido todas las dudas!

Sin embargo, Gedeón se hunde de nuevo en su negra melancolía, y su vista se vuelve ansiosa, inquietante en busca de Carreras.

Y como el Redentor en sus supremos instantes, no puede menos de exclamar:

—¡Ah, Carreras, por qué me has abandonado!

Versículos aireados

Montero Ríos,
Sánchez Román,
García Prieto
y el general,
y Villanueva
y Echegaray,
y hasta González
del Peñascal,
y Romanones,
¡frescos están!
Y hasta Mellado,
¡feliz mortal!
(Y eso que habita
San Sebastián,
donde la gente
suele sudar
de una manera
fenomenal).
El Ministerio
no siente *ná*
del dulce influjo
canicular:
y el Presidente,
con una faz
que expresa enorme
felicidad.
—¡Oh, qué contentas
mis huestes van!
¡Oh, qué delicia
rebaño tal
con mi cayada
pastorear!
Yo, don Eugenio,
soy un barbián;
García Prieto
otro que tal;
un genio único
cual dos no habrá
mi coetáneo
Echegaray;
de Villanueva,
lobo de mar,
¿quién atrevido
murmurará?
Y para ternos
chic and smart,
¿quién sostendría
rivalidad
con nuestro amigo
el general?
Y hombre de peso
¿dónde encontrar

cual don Felipe
Sánchez Román?
En cuanto al Conde...
vino algo *audaz*;
pero más suave
que un guante está
y un monterista
más puro no hay.
¡Oh, qué octaviana,
qué hermosa paz!
Todos debemos
ahora soplar
en las zamponas
que al viento dan
ecos de helénica
serenidad...

.....
Aquí llegaba
con su cantar,
cuando vinieron,
¡qué atrocidad!
estos idilios
á estropear
un inglesote
y un alemán
y un francés lleno
de *obligéance*
(esto se dice
obliseáns,
y allí quisieron
mangonear...
y mangonean
¡ya lo verás!
lector amigo,
porque ¿quién hay
que sea el amo
de este lugar
llamado España?
¿Quién lo será?
¿Montero Ríos?
¿Sánchez Román?
¿García Prieto?
¿Echegaray?
¿O Romanones
ó el general?
¡Quiá, el inglesote
y el alemán
y el parisiense!
¡Qué gusto da!
.....
Y esto no es verso,
pero es verdad.



... y armas al hombro

Ayer manifestó el señor ministro de Hacienda que está reuniendo datos sobre presupuestos para poder redactar en breve el proyecto de ley correspondiente.»

Es una actividad verdaderamente inverosímil la del ilustre dramaturgo, que se ha encargado de dar un desenlace trágico al drama de nuestro bolsillo.

Tanto más cuanto que á veces parece que está reuniendo datos de esos que nos interesan á todos los contribuyentes... y lo que está haciendo es tomándole á su niño medida de un distrito de entretiem-





UNA PROPOSICIÓN INOCENTE

ROMANONES. — ¡CARAMBA, QUÉ SUDORES ESTÁ USTED PASANDO EN ESE SILLÓN, AMIGO GARCÍA PRIETO! SI LE PARECE, PODRÍAMOS CAMBIAR DE ASIENTO, PORQUE YO EN MI MECEDORA DE AGRICULTURA ESTOY FRESQUISIMO.

GARCÍA PRIETO. — SÍ, SÍ, ESTÁ USTED FRESCO.

El ministro de la Gobernación ha manifestado que carece de todo fundamento la versión de que él intente abandonar su puesto y cambiar de cartera con el ministro de Agricultura.»

Veán ustedes ahí un error lamentable del señor ministro de la Gobernación, quien, á pesar de sus antecedentes galaicos y de la *plutofilia* (de este modo diría doña Emilia) de su señor padre político, en esta ocasión se nos manifiesta mucho más García que Prieto.

Porque á nadie se le esconde,
ni al más torpe, que cualquiera
cambiaría de cartera
con el Conde.



Verdad, que el ministro de la Gobernación no es hombre que se deje arrastrar por las pompas y vanidades de este mundo.

Entre otras cosas, porque él vive casi fuera del mundo.

Allá, en el barrio Monasterio, en una casa que parece una vaquería suiza.

Al llegar aquí, unos seiscientos candidatos gritan á coro:

—¿Qué dice usted que parece? Lo es...



*Vega Armijo s'en va't'en guerre
mironton, mironton, mirontaine.*

Esto exclamaron asustados los ministeriales al ver salir por la estación del Norte al noble marqués con seis maletas llenas de interjecciones en que abundaban las *eñes* y las *jotas*, y acompañado por la barba asiria del Sr. Rosales y por el mismo Sr. Rosales (D. Martín) subsecretario de Instrucción pública y Bellas Artes, el cual seguía á su barba, aunque muy de lejos, naturalmente.

Parece que en la provincia de Córdoba andan las cosas muy atravesadas, y de ahí las *jotas* y las *eñes* acentuadísimas del nobilísimo prócer, á quien todos hemos convenido en tributar una veneración casi hierática en atención á que se ha pasado ochenta años dándose la vida más envidiable del mundo, lleno de comodidades y de amor á la libertad.

Ya nos figuramos los diálogos terribles por una parte y apacibilísimos por otra que se habrán verificado en el Hotel de Londres de San Sebastián, entre el iracundo Marqués y el untuoso D. Eugenio.

—¡Ñññññ! ¡cccc! ¡jjjjj!!!!...—diría el primero.

Y el segundo contestaría blando, sosegado é indiferente, como quien hace... política hidráulica entre sueños á las altas horas de la noche:

¡Psss! ¡psss! ¡ppsssssss!!...



Leo y corto:

«Ayer por la mañana fueron visitadas, en nombre de S. M., por un señor ayudante, las enfermas que existen en el Hospital Provincial, *procedentes del hundimiento* del lavadero del Puente de Vallecas.»

¡Válgame Dios y qué desgraciaditas que han sido esas pobres enfermas!

Se hunde el lavadero y nadie las hace caso.

Ni siquiera les dan una parte sobrante de la uscripción para las víctimas del tercer Depósito.

Porque ya hemos dicho aquí, y bueno es repetirlo, que las catástrofes deben ser para hombres solos, como algunos libritos inmorales; sin lo cual, ni la gente se conmueve, ni los compañeros vociferan, ni nada.

Y, por añadidura, cuando se acuerda de ellas un señor ayudante, el colega las llama *enfermas procedentes del hundimiento*, etc.

Como si se tratase de las existencias de una prenda: *procedentes de saldo* ó de *liquidación*.

¡Y yo que creo que esas lavanderas son, por lo menos, tan respetables y dignas de veneración como las blancas patillas del señor marqués de la Vega de Armijo!...



Suelto de contaduría:

«En vista del considerable número (¡vaya un número bonito!) de candidatos que asedia al ministro de la Gobernación, reteniéndole desde las ocho de la mañana hasta las tres de la madrugada, el señor García Prieto se ha declarado vencido.»

«En lo sucesivo recibirá á los senadores y diputados todos los días, de doce á una, y á las demás personas que deseen verle, los martes y viernes, de una á dos.»

¡Qué gran estrategia haría el Sr. García Prieto!

Desde luego, bastante mejor que el general Weyler, lo cual, ciertamente, no es mucho decir.

Citar de doce á una en estos días de Agosto, con la fresca, equivale á aclarar las filas de senadores y diputados por el mismo procedimiento que se usa con los perros vagabundos: el de la asfixia.

Y en cuanto á los candidatos, ¡vaya un par de días que ha ido á escoger el amigo!

Martes y viernes: los dos días aciagos.

Y si esto llega á durar un par de meses, el hombre hubiera fijado el martes que fuese 13 también.

¡Y vengan penas!



Los comerciantes é industriales de la Coruña han teleografiado al ministro de la Gobernación agradeciendo que les haya eximido de un impuesto con que injustamente les había gravado el Ayuntamiento.

¡Qué casualidad!

¿Apostamos algo á que ese Ayuntamiento que impuso el gravamen era conservador?

¡Y qué segunda casualidad!

Apostaríamos aún más á que, si no es en vísperas de elecciones, ¡cualquier día les levanta nada el ministro á los comerciantes é industriales de la Coruña!...



CARTA DEL ECHEGARAY DE MARÍN AL ECHEGARAY DE LA CORTE

Querido Pepe: ¡En buena te has metido con haber aceptado en un mal cuarto de hora la cartera de Hacienda! ¡Más te hubiera valido estar duermes, ó dramaturgo, como gustes! Indudablemente ese Montero debe poseer un especial poder, cierta sujeción irresistible sólo comparable á la de los encantadores de serpientes, porque ¡ay Pepe! encantarte á ti, á tus años... ¡parece mentira! Bien es verdad

que después de haber convencido á nuestro opulento Sánchez para que fuese á Estado, sin duda porque ya estaba en meses mayores, ¡todo se explica! Figúrate: si un hombre como Villaurrutia, que tenía tres lenguas manejables, hizo mal papel en el Ministerio, ¿qué no hará este nuestro opulento amigo, que apenas si dispone de una á la francesa y por el inocente interrogatorio de Ollendorff? Créeme que te compadezco. ¡Tú metido en la ley de alcoholes! ¡Tú arreglando inútilmente ese embrollo! ¡Comprendo que estés mareado con una ley tan encabezada!

Le dijiste á Francos que esa ley era un misal, sin acordarte de nuestro injustamente olvidado amigo D. Guillermo Posma, que, como el sacerdote del cuento, no sabía decir misa más que en su misal, en ese mismo en que tú pretendes leer con afán prolijo, que diría Jackson Capúz descorchando un consonante fácil. ¡Es claro, cualquiera sabe la intención con que colocó las señales el formidable Latisbury! ¡Cuánto mejor que ahí, en ese Ministerio donde trabajas desesperadamente, con gran contento de los accionistas del Banco, cada día de mejor ver, teniendo que negarle un crédito—lo último que se puede negar—á un ministro; cuánto mejor estarías en este tranquilo hotel de Marín, con tu buen homenaje y preparando nuevas confecciones dramáticas para María y Fernando, que, ya lo ves, te son infieles, ¡y con Benavente! ¡un amor de ayer, como si dijéramos! al que pasean públicamente en automóvil por el Norte de España.

No des oídos á los cantos de sirena gallega de don Eugenio: aprovecha la primera salida que haga Sánchez Román, el primero llamado á romper filas en el Gabinete; huye con él y

*no temas
esos lugares dejar,*

como ha dicho muy bien tu hermano Miguel en *El dúo de la Africana*. Abandona la compañía de Querubini, y vente á Marín. ¡Cómo lo celebrarían María y Fernando! Eran capaces de venir á buscarte en automóvil, y ¡quién sabe si de abandonar á Benavente!

Te envía un apretado abrazo

PEPE EL DE MARIN



EL SHAH

París está de enhorabuena.

Ya tiene atracción.

Cuando comienzan las imperiosas vacaciones del estío—no tan imperiosas como entre nosotros,—el Boulevard enmudece, el mundo adorable de la gran urbe deserta, pero sin embargo, nunca falta en París un espectáculo atrayente.

¿Y qué mejor atracción que el Shah de Persia?

El *Chá*, como le dicen con absoluta confianza en los *concerts*, se ha presentado con su interesante escolta de hombres asiáticos relumbrantes de pedrería, con su peculiar gesto melancólico, displicente, paseando por las grandes arterias de la ciudad su incurable dispepsia.

El Shah ó Schah, que escriben los franceses, es el sueño dorado de los comerciantes y de las señoritas en estado de merecer ó de próximo debut.

Pero ¡ay! que este año el consecuente adorador de París no está ni para compras ni para caricias, lo que es un serio contratiempo para los que esperan la llegada del Shah como lluvia benéfica.

Su Majestad, á consecuencia de los fuertes calores que se han desarrollado esta semana en París, se halla indispuerto y de un humor lamentable.

París se interesa por su huésped, y sin duda para hacerle más agradable sus desesperados días, ha dispuesto que se instale en sus habitaciones un cinematógrafo con las últimas novedades en películas.

Recreo bien infantil que no sé si templará los inquietos nervios del monarca, acostumbrado á otras películas francesas de mayor efecto.



¡POBRE D. EUGENIO!

Después de todo, no podemos menos de compadecer á D. Eugenio Montero Ríos, que, aunque con algún retraso, ha llegado á ser la cabeza visible del partido liberal, la única cabeza que nos queda. El hombre se fué á San Sebastián huyendo de la polla política de Madrid, y ¡que si quieres! Dentro de poco, ó quizá á estas horas, esté rectificando lo que dijo en un momento de expansión: «Que San Sebastián le probaba bien.»

¡Probarle bien! Gedeón no puede creerlo ante el ir y venir constante de ministros, caciques y danzantes electorales, capaces de turbar todas las digestiones, de contrarrestar los efectos del bicarbonato, y de corromperle las oraciones, que hubiera dicho Eusebio Blasco.

¡No hay distancias bastantes ni viajes largos ante las avaricias de la política menuda y personal!

Al mismo Tokio irían á buscarle, en el caso de que Tokio le probase bien, á nuestro canonista de más circulación.

Primero el meliflúo Moret, luego el «tú me saludas y yo te bendigo» de Canalejas, después el regulador Romanones, á los pocos días García Prieto y Villanueva, ahora el irascible marqués de la Vega de Armijo. ¡A San Sebastián, señores, uno falta! como vocean los mayores en día de toros; es decir, faltan dos, Sánchez Román y Weyler, porque González de la Peña no vale la pena de contarle. ¿Dónde va á ir el hombre que mejor se halle?

Por si esto fuese poco, también los embajadores le traen y le llevan, un día el de Francia, otro el de Inglaterra, luego el de Alemania, y por añadidura, la constante medianería de Mellado y las solicitudes del gran Pepe Luis, elevado casi á personaje este verano; dos buenas estufas para D. Eugenio.

Sánchez Román es poco exigente; con un hombre así da gusto. Su situación nos recuerda á la del personaje de *¡Eh, á la Plaza!* ¿Que hay marejada internacional? ¡A mí que me importa! dice el hombre. ¿Que en Marruecos hacemos el ridículo? ¡A mí que me importa! ¿Qué soy la menor cantidad de ministro de Estado? ¡A mí, qué! Y se da dos palmaditas en el vientre con envidiable satisfacción. Así da gusto.

Decididamente, Gedeón se siente compasivo y está dispuesto á incluir á San Eugenio Montero Ríos en la primera beatificación que se presente.

CONFERENCIAS DIPLOMATICAS

(HISTORIETA LASTIMOSA, EL FAR QUE VERANIEGA)



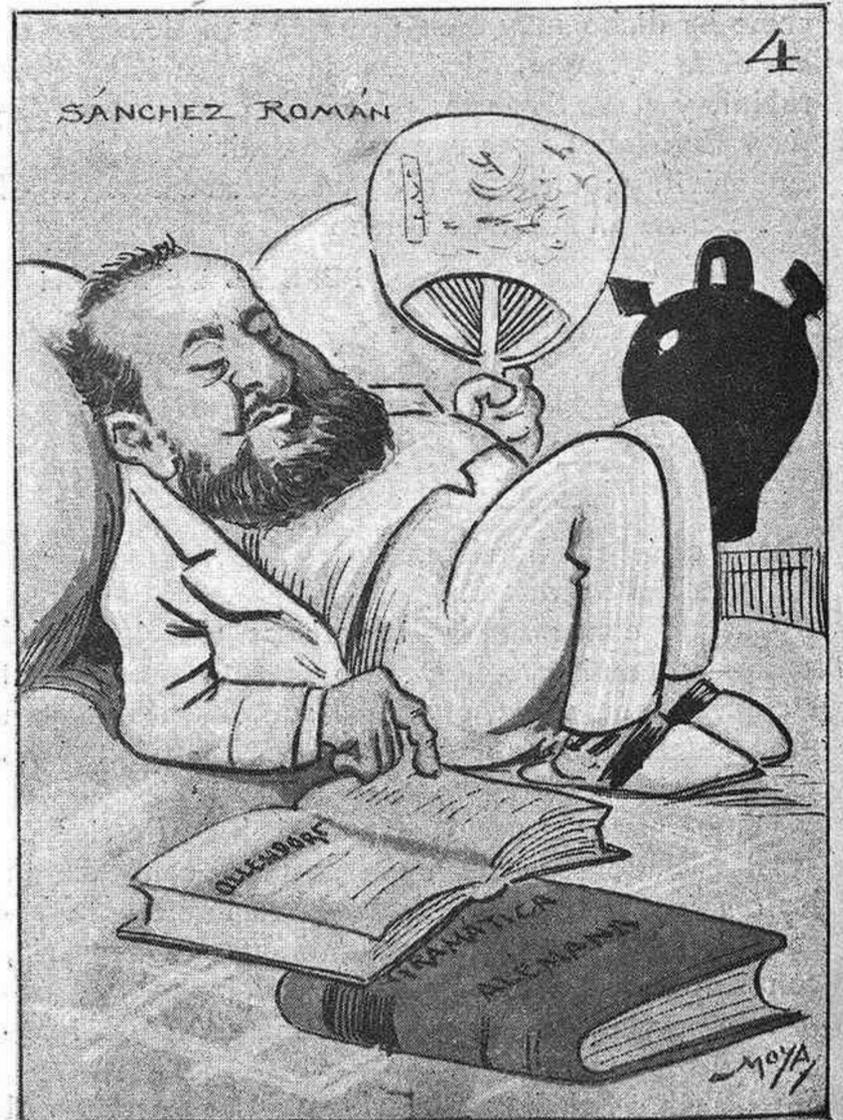
EN SAN SEBASTIÁN.—El ministro de Inglaterra entra a ver al Presidente.



EN SAN SEBASTIÁN.—El embajador de Francia se hace allí también presente.



EN SAN SEBASTIÁN.—Sobreviene el de Alemania muy activo y ágil.



EN MADRID.—Y Sánchez Román su siesta duerme tan tranquilamente.